

**La Construcción de Subjetividades en la Modernidad en Jóvenes
Estudiantes del Nivel Medio Superior: Colegio de Bachilleres.**

María Antonieta Ángeles Molina Madrid
Colegio de Bachilleres
angymm27@gmail.com

En la condición humana de la pluralidad, por la cual todos somos lo mismo, pero nadie es igual... la pluralidad humana asume una doble modalidad, la de distribución y la de la igualdad. Es a través de la acción y la palabra que el hombre se diferencia del otro.

Patricia Ducoing

Modernidad

En el tránsito de la modernidad a la posmodernidad los países viven un proceso llamado globalización neoliberal que ha venido impactando (desde distintos ángulos) la configuración de los Estados Nacionales Modernos de gran parte del mundo, incluyendo los que conforman América Latina, ya que en ella, en la actualidad los procesos globalizadores ya no se limitan sólo a los intercambios económicos, sino que, también, traen consigo el agravamiento de las desigualdades, la intensificación de la pobreza, la exclusión y la urbanización desordenada que la acompañan y que rompe con las solidaridades tradicionales, aislando y marginando a grupos e individuos. De alguna manera imponen una forma de entender la vida propiciando procesos de ruptura del vínculo social y de crisis de identidades. En este sentido se han debilitado las posibilidades de construir un horizonte de futuro compartido entre los individuos que integran la sociedad, especialmente entre grupos vulnerables.

Hoy no estamos pasando de la modernidad a la posmodernidad, así como no volvemos a los grandes equilibrios trastornados por las ideas del progreso y de desarrollo. Cuando procuramos caracterizar la transición del siglo XX al XXI debemos hacer referencia a ella como un período de modernidad limitada. Si la modernidad es la representación de la sociedad como producto de su propia actividad, el período que se ha designado a sí mismo como "moderno" en efecto, sólo lo fue en parte; pues América Latina no puede tener una verdadera modernidad (o sea modernidad central), porque le faltan los antecedentes intelectuales y las instituciones que le dieron origen a Europa (Bauman, 2010).

Paralelamente, la modernidad buscó el fundamento del bien y del mal en la utilidad o en la nocividad de una conducta para la sociedad. De esta manera, la humanidad, liberada del sometimiento a la ley del universo o a la ley de Dios,

quedó sometida a la ley de la historia, de la razón o de la sociedad. La urdimbre de las correspondencias entre el hombre y el universo no se rompió; esa semimodernidad soñó todavía con construir un mundo natural por el hecho de ser racional.

La idea de modernidad desplaza del centro de la sociedad, reemplaza a Dios por la ciencia y, en el mejor de los casos, deja las creencias religiosas para el seno de la vida privada, y así preservar su poder, por eso la modernidad implica la creciente diferenciación de los diversos sectores de la vida social: política, económica, familiar (Touraine, 2000).

...entonces, la modernidad es un proyecto inacabado pues se entiende que es una época que se define a partir de haber alcanzado consciencia de sí mismo, de su novedad que rompe el continuo histórico y con la noción de tradición como fuente obligatoria de lo que debe ser. Es decir, una revolución continúa en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y movimiento constante que distingue a la época burguesa de todas las anteriores; en el trasfondo de la modernidad hay toda una transformación de época y civilización, que trae consigo mismo nuevas ideas, instituciones, experiencias y discursos. La modernización viene a ser una forma de entender la vida, es un proceso que evoluciona pues no se estanca como la modernidad, pues se refiere a un manejo de procesos acumulativos y que se esfuerzan mutuamente: a la formación de capital y a la movilización de recursos, al desarrollo de identidades nacionales, a la difusión de los derechos de participación política, de las formas de vida humana y de la educación formal, a la secularización de valores y normas... (Brunner, 2001:242).

A partir de mediados del siglo XIX, la idea de modernidad quedó cada vez más cubierta por la modernización, la movilización de recursos económicos y modernos con miras a asegurar un desarrollo que no puede ser espontáneo y endógeno. A medida que los antiguos regímenes se descomponen o son derrocados, los movimientos de liberación se agotan y la sociedad moderna se encuentra prisionera de su propia potencia, por un lado, y de las condiciones históricas y culturales de su realización, por el otro (Touraine, 2006).

De esta manera nace una sociedad donde "todo lo sólido se desvanece en el aire", es una sociedad que arroja a las personas a un:

...remolino de desintegración y renovación perpetuas de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia. El mundo exterior es percibido por tanto como un incesante flujo de actividades y situaciones siempre nuevas, al mismo tiempo, esos fugaces y fragmentarios pasan a constituirse en el eje de nuestra vida interior. Al individuo moderno "ningún deleite le satisface, ninguna dicha le llena, y así va sin cesar en pos de formas cambiantes... (Brunner, 2001:245).

Giddens (1991) en su obra *Las consecuencias de la modernidad* plantea que en nuestro mundo exterior experimentamos al mismo tiempo: ambigüedad y angustia, así como auto-realización y destrucción de uno mismo.

Llegada a fines del siglo XX, la sociedad moderna se encuentra frente a una imposición que puede someterse enteramente a la lógica de la acción instrumental y de la demanda mercantil (o) llevar a la secularización hasta suprimir toda imagen del sujeto imbricando directamente la deconstrucción de la racionalidad moderna.

Lo cual es un asunto completamente distinto de vivir con la conciencia posmoderna y que no hay salida cierta de la incertidumbre de la que se busca

escapar. El desasosiego que origina esa conciencia es la fuente de descontentos típicos de la posmodernidad: molestia con la condición cargada de ambivalencia, con la contingencia que se niega a irse (Brunner, 2001).

...aunado a la privatización profunda, firme y sin concesiones de todos los asuntos ha sido el factor principal que ha hecho a la sociedad postmoderna tan espectacularmente inmune a la crítica sistemática y al disenso social radical con potencial revolucionario. La sociedad postmoderna muestra ser una máquina traductora casi perfecta –una que interpreta cualquier asunto *social* existente y prospectivo como un interés privado-. No es la “propiedad de los medios de producción” lo que se ha privatizado, la privatización más seminal fue la de los problemas humanos y la de la responsabilidad de su solución...

La política que redujo sus responsabilidades reconocidas a los temas de la seguridad pública o de lo contrario declara su retiro a las tareas de administración social, desocializó eficazmente los males sociales y tradujo la injusticia social como ineptitud o descuido individual. Esas políticas no son suficientemente atractivas para despertar al *ciudadano* como *consumidor*, en suma, en la sociedad postmoderna de los consumidores, el fracaso repercute como culpa y vergüenza, no como *protesta política*... (Bauman, 2010:343-344).

Por ende, la postmodernidad es una existencia determinada y definida por completo por el hecho de ser *post* y abrumada por la conciencia del ser en una condición tal. La postmodernidad no ha significado necesariamente el final, el descrédito o el rechazo de la modernidad; la postmodernidad es la modernidad que llegó a la mayoría de edad: la modernidad que se mira a sí misma a distancia y no desde adentro, que hace un inventario completo de sus ganancias y pérdidas,

que se psicoanaliza y descubre intenciones que nunca antes expresó, encontrando que son incongruentes y se eliminan mutuamente.

Es ese proceso, la triple alianza de los valores de libertad, igualdad y fraternidad que dominó el campo de batalla de la política moderna no escapó del escrutinio de la censura consiguiente y cambiaron. Los nuevos horizontes -que inflamarían en el tránsito hacia el tercer milenio la imaginación e inspirarían la acción humana- fueron los de *libertad, diversidad y tolerancia*. Estos "nuevos" valores informaron la mentalidad *postmoderna* pues en este sentido hablar de la diversidad y la libertad nos deja ver que la esencia de estos no es la misma en el contexto del libre flujo de mercancías:

...en la práctica postmoderna, la libertad se reduce a la elección del consumidor, en su nueva interpretación de mercado es un privilegio, para disfrutarla antes que nada uno debe ser consumidor, esta condición preliminar deja fuera a miles de millones; pues como en el transcurso de la era moderna, en el mundo postmoderno la pobreza descalifica.

Así mismo, la diversidad crece, y la plaza de mercado crece con ella. Con mayor precisión, sólo se permite que esa diversidad crezca en forma de ganancias de mercado. Tal como hizo el circunspecto, codicioso de poder y envidioso Estado Nacional, el mercado aborrece la autogestión y la autonomía esa región salvaje que no puede controlar.

El eslogan de fraternidad es traducido como la práctica de poder pastoral, como interferencia molesta con las formas de vida alternativas, como insistencia en la uniformidad, como definición de toda diferencia como señal de retraso, desviación y un "problema" que necesita "soluciones", la *tolerancia* se traduce como "vive y deja vivir".

En otras palabras, la tolerancia promovida por el mercado no conduce a la solidaridad: en lugar de unificar, *fragmenta*. Sirve muy bien a la separación de comunidades y a que el lazo social se reduzca... (Bauman, 2010:56).

Por ende, en la transición de la modernidad a la postmodernidad los países viven un proceso llamado globalización neoliberal que ha venido impactando (desde distintos ángulos) la configuración de los Estados Nacionales Modernos de gran parte del mundo, incluyendo los que conforman América Latina, ya que en ella, en la actualidad, los procesos globalizadores ya no se limitan sólo a los intercambios económicos, sino que, también, de alguna manera imponen una forma de entender la vida, modelo que ha propiciado procesos de ruptura del vínculo social y de crisis de identidades, como efecto del agravamiento de las desigualdades, la intensificación de la pobreza, la exclusión y la urbanización desordenada que le acompañan y que rompe con las solidaridades tradicionales, aislando y marginando a grupos e individuos (Fernández, 2010).

Así el postmodernismo circula en dos sentidos: como etiqueta de una serie de movimientos estéticos *particulares*, y sobre todo, como denominación vaga para un nuevo modo generalizado de producción cultural. Aquí "cultural" significaba algo mucho más amplio que lo meramente estético o artístico: estilos de vida, mentalidades, hábitos psicológicos, actitudes sociales, construcción de géneros, identidades, cuerpos, lenguajes, formas de comunicación. "Cultural" significaba, si se quiere decir así, algo diferente de lo meramente económico, aunque al mismo tiempo connota un nuevo tipo de organización o estilo económico (Castillo, 2000).

El modelo de formación humana o el tipo antropológico que ha cruzado y promovido la modernidad con su discurso esencialista, mantenido y vigente en la posmodernidad no admite la alteridad, por lo que todo lo diferente debe ser orientado a la igualdad. En consecuencia, la sociedad contemporánea está signada

por el conflicto entre la "igualdad" que emerge de esa ilusión ilustrada de la racionalidad moderna y la fuerza creciente con que irrumpe, la insoslayable realidad desde la diferencia ante la gran paradoja ante la que nos encontramos en un mundo globalizado orientado a la homogenización y en el que simultáneamente predomina la lucha identitaria por la cual todo somos los mismo, pero nadie es igual a nadie (un modelo que reconozca) que la pluralidad humana asume una doble modalidad, la de la distinción y la de la igualdad.

La modernidad tiene a su vez un impacto profundo en las subjetividades de las personas que viven en estas sociedades, cada vez más urbanizadas. Al creciente grado de tecnologización, se suman fenómenos mundiales como la globalización e internacionalización de los mercados, la libre circulación de mercancías y mensajes, el nacimiento de bloques comerciales continentales, la ausencia de contrapesos político-ideológicos al neoliberalismo, la tensión derivada de cuestiones relativas al manejo sustentables del ecosistema, las oleadas de desplazamientos económicos.

En las condiciones actuales de acumulación en el marco del nuevo modelo económico del contexto mundial, los y las jóvenes de las grandes urbes han comenzado a desarrollar, casi paralelamente a los cambios mencionados más arriba, mecanismos de respuesta alternos al modelo imperante, estas respuestas no son nuevas, son expresiones de la realidad juvenil que han acompañado estas últimas décadas que son, a la vez, de desarrollo y, homogenización y anonimato.

En la respuesta juvenil, intuitiva en algunos casos, sistemática en otros, a las grandes corrientes culturales hegemónicas, los jóvenes buscan rehacer aquellos lazos rotos o perdidos, productos de los fenómenos mundiales de modernización, y lo hacen desde lo que mejor conocen: una vuelta a lo tribal, en el sentido de una

mayor incidencia de lo emocional-afectivo, aquello que es propio de la comunidad de hermanos, de los que comparten un destino y una finalidad común.

En México como en buena parte de las sociedades contemporáneas, los jóvenes han pasado a construir uno de los grupos más vulnerables de la población. Como resultados de las confluencias de procesos seculares y reformas estructurales que acompañaron a la globalización, en los jóvenes se expresan con particular intensidad las tensiones de una nueva cuestión social que hacen especialmente riesgosa esta etapa de la vida, clave para su plena inclusión social.

Jóvenes

En 2014 residen en nuestro país 31 millones de jóvenes de 15 a 29 años (26.5% de la población total) que buscan la oportunidad de hacer efectivas sus expectativas de vida; generan dichas oportunidades no sólo trae beneficios individuales, sino también trae consigo retribuciones sociales de gran trascendencia para el desarrollo del país; así lo señala la ONU cuando argumenta que los jóvenes son un factor determinante en el cambio social y el desarrollo.

La juventud es una construcción social reciente pues la sociedad ha producido una nueva categoría existencial y vivencial, los y las jóvenes, son producto de la evolución que ha sufrido la sociedad moderna y capitalista. Sólo a partir de mediados del siglo XIX, y debido al auge de la burguesía capitalista, es que comienza a existir un tipo nuevo de sujetos, los jóvenes. Sin embargo, es sólo a finales de la década de los cincuenta cuando esta condición de juventud comienza realmente a masificarse, y como categoría ampliada se desarrolla principalmente en EE.UU. y posteriormente en Europa; en América Latina se espera prácticamente

hasta finales de los 60 y principios de los 70 para que se haga extensiva, esta categoría, a los sujetos juveniles populares, pues hasta ese momento, la juventud –como categoría social- respondía exclusivamente al perfil de estudiante universitario. Es gracias a la masificación de la escuela básica y posterior ampliación del acceso a la secundaria, al crecimiento de las urbes, con su poderosa atracción sobre la vida tradicional campesina, junto a la masificación de los medios de comunicación, especialmente la radio y muy posteriormente la televisión, que se puede comenzar a hablar, de los y las jóvenes como categoría social amplia.

Como resultado de los procesos sociales y económicos experimentados a partir de los años cincuenta en las sociedades latinoamericanas, y que vienen a emular las tendencias de los países desarrollados, el crecimiento de la modernidad, tiene a su vez un impacto profundo en las subjetividades de las personas que viven en estas sociedades, cada vez más urbanizadas. Al creciente grado de tecnologización, se suman fenómenos mundiales como la globalización e internacionalización de los mercados, la libre circulación de mercancías y mensajes, el nacimiento de bloques comerciales continentales, la ausencia de contrapesos político-ideológicos al neoliberalismo, la tensión derivada de cuestiones relativas al manejo sustentable del ecosistema, las oleadas de desplazamientos económicos.

En las condiciones actuales de acumulación en el marco del nuevo modelo transnacionalizado, el empleo ha pasado de ser una preocupación por mejores condiciones de ingreso y participación de la fuerza de trabajo en el control de los factores de producción, a ser una cuestión que no está ni con mucho asegurado. Pues, las denominadas ventajas comparativas de los mercados de trabajo, se han convertido –gracias a la llamada tercera revolución tecnológica o de la información- en una seria amenaza para la producción y mantención de los niveles de empleo que, por cantidad y calidad, se requieren en la actualidad.

Así pues, en este contexto mundial, los y las jóvenes de las grandes urbes han comenzado a desarrollar, casi paralelamente a los cambios mencionados más arriba, mecanismos de respuesta alternos al modelo imperante. Estas respuestas no son nuevas, ni tampoco de última hora, son expresión de la realidad juvenil que han acompañado estas últimas décadas que son, a la vez, de desarrollo y, homogeneización y anonimato.

La intuición que emerge como respuesta, resulta de una paradoja. La idea de la modernidad asimilada a la aldea global, del predominio de una sola cultura, en el fondo, de una cultura hegemónica, encuentra su respuesta en la aparición de microculturas o microsociedades; de nuevas sociedades primitivas –en el sentido durkheimniano de elementales- que empiezan a emerger en las grandes ciudades alterando el mapa urbano- en lo que la escuela etnográfica de Chicago llamara las zonas intersticiales de la ciudad- y el orden metropolitano. En el fondo, lo que se intentaba destruir (la variedad cultural) acaba reconstruyéndose o recreándose en nuevas formas de culturas urbanas, en algunos casos contestatarias y resistentes a la cultura dominante

En la respuesta juvenil, a las grandes corrientes culturales hegemónicas, los jóvenes buscan rehacer aquellos lazos rotos o perdidos, producto de los fenómenos mundiales de modernización, y lo hacen desde lo que mejor conocen: una vuelta a lo tribal, en el sentido de la mayor incidencia de lo emocional afectivo, aquello que es propio de la comunidad de los hermanos, de los que comparten un destino y una finalidad común. En este sentido Michel Maffesoli (1990) ha llamado una nueva tendencia, un nuevo tipo de agrupamiento, ése que el autor ha denominada tribus y que tan rápidamente han cubierto el mapa humano de las grandes urbes y, por supuesto, el de los medios de comunicación: “la metáfora de

la tribu en sí misma permite dar cuenta del proceso de desindividualización, donde las y los jóvenes responden con tribalización, con códigos éticos y sociales propios, ajenos al sentido de la funcionalidad características de las sociedades industrializadas. Es así que como él o ella, recorren la ciudad en busca de sus pares, de sus iguales, de los que son parte del mismo clan, de la misma tribu de pertenencia simbólica.

Ya decía que uno de los elementos principales de la experiencia de ser joven, en la actualidad, es sobreponerse al anonimato de las grandes urbes, dejar huella, ser reconocido es su existencia. Es decir, poder reconocerse como sujeto, tener una identidad. En este buscar y re-buscar identidades o puntos de referencia los y las jóvenes se ven sometidos a tensiones y contradicciones que los sitúan, en algunos casos, en puntos críticos de su construcción de identidad, la diferencia o abismo que existe entre sus aspiraciones y sus posibilidades:

Es posible que algunos jóvenes, ante esta tensión entre experiencia y expectativas, adopten también posturas defensivas y traten de prolongar –el campo de experiencias-, es decir, la vida que cada día.

Entonces cómo él o la joven, en este proceso que he descrito, de búsqueda y de afirmación de su propio yo, abandona su familia, el grupo inicial de referencia, por otro que está fuera de su hogar, que se construye a partir de otros que, como él o ella, se encuentran en la intemperie, a la caza de elementos y rostros que les dé una identidad personal, paradójicamente, se identifica a partir de conocer y reconocerse en otros.

En este sentido, los jóvenes son grupos vulnerables en resistencia a la homogeneidad causada por éste modelo económico imperante y una forma para

vivir inmersos en este contexto de contrariedades es la construcción de subjetividades¹ alternas a la cultura dominante como otra forma de vivir “lo invivable”.

Ethos

Diferencia entre concepto y categoría

Con la llegada de los españoles al Nuevo Mundo comienza la importación del *ethos*, que poco a poco fue introducido para imponer el *mundo de la vida* de los conquistadores a los conquistados –los pueblos indígenas que habitaban este amplio territorio-. Voluntad de forma que estéticamente tuvo el suficiente potencial para iniciar y lograr la dominación y evangelización de las culturas nativas –no sin que hubiera actos violentos y destructores-. Arte que no se da en combinación con un arte barroco indígena que facilitó la incorporación de que llegó de España, y mucho menos, como el producto de dos visiones estéticas que ya correspondían, pues no se trataba de un “reencuentro” de una aceptación voluntaria ni mucho menos de la unión de dos mundos que consustancialmente coincidían, sino en un proceso de imposición en el que la voluntad de forma barroca posibilitó imponer el mundo de la vida de los conquistadores. Un proceso de *enculturación*² que, a pesar de su dureza y de lo sutil que era, nunca pudo eliminar la presencia de los elementos culturales indígenas y lo poco que había de los esclavos africanos. (Balandra: 2012)

¹ Dicho sea de paso, la subjetividad cobra gran importancia en las ciencias humanas, en el ámbito teórico, político y social en los años recientes, a la luz de los grandes temas sociales de los últimos tiempos y porque se inscribe en el debate general sobre las determinaciones entre individuo y sociedad.

² De manera muy general, la enculturación es el proceso por el cual una persona o cultura adquiere los usos, creencias, tradiciones, de la sociedad en la que se vive o de la hegemónica o dominante.

Se trata de uno de los *ethos* que nos construyó y que a pesar del tiempo y de las transformaciones sociales sigue vigente, pero no como lo que fue cuando se empleó para dominar, evangelizar y castellanizar a los indígenas; sino como en términos de ser el horizonte histórico que se condensa en nuestro presente sociocultural, aquel que de manera actualizada se presenta como un neobarroco; un barroco que contiene el prefijo “neo” puesto que condensa la idea de reciclaje, que resulta muy útil para comprender las manifestaciones sociales, culturales y educativas que actualmente están surgiendo.

En este caso, una de mis preocupaciones al plantear el *ethos*, es tratarlo como una *categoría* y no como un *concepto*; o sea, la primera, en el caso del *ethos*, permite extraer la realidad histórica del lugar al que pertenecen los jóvenes y explicar las formas para su existencia, en suma es un *instrumento cognitivo*; y el segundo, (mencionado arriba) es un concepto que tiene y alude a su forma y contenido.

Por ende, el *ethos* aquí se ubica como una categoría diferente, como el que refiere Echeverría, pues se trata de proponerlo como una vía que los jóvenes tienen para resistir y enfrentar el modernismo capitalista –dado su productivismo, individualismo, consumismo y cosificación de los sujetos.

Al respecto Bolívar Echeverría distingue en la actualidad cuatro formas de vivir “lo invivable” y los llama: el *ethos*³ realista, el *ethos* romántico, el *ethos* clásico y el *ethos* barroco; cuatro serían así, en principio, las diferentes posibilidades que se ofrecen de vivir el mundo dentro del capitalismo –cada una de ellas implicaría una actitud peculiar- sea de reconocimiento o de desconocimiento, sea de

³ El Término de *ethos* refiere aquí a “un principio de construcción de la vida” que opera tanto en lo colectivo como en lo individual, y que es histórico. Alude a los usos y costumbres que nos dan una lectura del mundo social a la vez que al carácter o modo de ser de cada individuo. Por ejemplo, el *ethos* del capitalismo moderno dominante está signado por la idea del protestantismo de un sujeto que se realiza mediante la sibilimación de su deseo en el trabajo productivo sobre la naturaleza.

distanciamiento o de participación –ante el hecho que constituye la realidad capitalista.

El comportamiento social y estructural al que podemos llamar *ethos* histórico puede ser un principio de construcción de mundo de la vida, en este sentido, el *ethos* es un pensar de ser y de convivir ante el prójimo, ante lo deseado y lo temido (Balandra: 2012). Es un comportamiento de hacer vivible lo invivible; por ende, los procesos de la subjetividad desempeñan un papel importante, y que tendremos presente en esta investigación.

Sin pretender abordar la cuestión en toda su amplitud y profundidad, en este contexto, podríamos afirmar que la subjetividad individual y social se construye en la interrelación entre el hombre y su contexto social y natural, en el marco de su actividad cotidiana.

Es, por tanto, un *producto histórico-cultural*. Toda la construcción condensada en la producción cultural (ideológica, espiritual y material) constituye el conjunto de prácticas, tradiciones, creencias, valores, sentimientos, estereotipos y representaciones, etc., que forman el sustrato de la subjetividad social, en el que la formación del sentido común cotidiano, las manifestaciones del inconsciente colectivo y la intencionalidad reflexiva de los jóvenes se expresan en: “un principio de construcción de la vida” que opera tanto en lo colectivo como en lo individual, y que es histórico. Alude a los usos y costumbres que nos dan una lectura del mundo social a la vez que al carácter o modo de ser de cada joven inmersos en el contexto de la modernidad.

En suma, si el *ethos* es tratado como categoría y no como concepto por ser un *instrumento cognitivo* que nos permite extraer la realidad histórica del lugar al que

pertenecen los jóvenes, entonces, el Colegio de Bachilleres es un pequeño mundo que nos permite ver (de igual forma) que hay particularidades entre los jóvenes como por ejemplo, las tribus urbanas que emergen como subculturas alternas a la cultura dominante impuesta por la modernidad subyacente del occidente.

REFERENCIAS

Álvarez, A. (2012), *Hermenéutica analógica*, UPN: México.

Bauman, Z. (2010), *Modernidad y Ambivalencia*, España: Anthropos.

Brunner, J. (2001), *Modernidad: centro y periferia*, Ensayo estudios públicos 83, Chile

Castillo, R. (2000), *Posmodernidad, veinte años después*, Madrid: Doce notas preliminares.

Echeverría, B. (2000), *La modernidad de lo barroco*. México: Era.

Giddens, A. (1990), *Las consecuencias de la modernidad*, California: University Press.

Giddens, A. (1991), *Modernidad e identidad del yo*. México: Península

Touraine, A. (2006), *Crítica de la modernidad*, México: FCE.

TESIS

Molina A. (2014), *La construcción de la ciudadanía en estudiantes del 6to semestre en el área de Ciencias Sociales del Colegio Sociales del Colegio de Bachilleres: Plantel 8*. Tesis de Maestría, UPN, México.

REVISTAS CIENTÍFICAS

Claudio S. (2002), *Juventud y tribus urbanas: en busca de la identidad*. Redalyc, (Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal), Última Década, núm. 17, Septiembre, Centro de Estudios Sociales Valparaíso, Chile.

Belmonte G. (2010), *Las tribus urbanas: campo virgen en historia y fértil para la interdisciplinariedad*. Redalyc, (Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal), Última Década, vol.17, núm. 48, Enero, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Distrito Federal, México.

Molina, J. (2000) *Juventud y tribus urbanas*. Redalyc, (Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal), Última Década, núm. 13, Septiembre Centro de Estudios Sociales Valparaíso, Chile.